

**De la necesidad de organizarnos.
Por una crítica internacionalista**

*On the need to organize.
Towards an internationalist critic.*

Diego Ferraris y Danilo Catena

Resumen

En este artículo hemos intentado leer la contingencia pandémica y la crisis que conlleva a través de una mirada crítica e internacionalista. El texto critica la falsa conciencia red set que piensa en un capitalismo green, el discurso de la izquierda institucional y de una parte de la academia sobre la pandemia y sus consecuencias, tanto ambientales como económicas, que nos llama a esfuerzos personales y colectivos para salvar el planeta. Como si no hubiera diferencias de privilegios y de condiciones en el mundo y como si el capitalismo fuera la única realidad posible. Asimismo, investiga los efectos de la difusión generalizada del así llamado smart working y de la invasión aparentemente inagotable de los dispositivos electrónicos en nuestras vidas; critica el pensamiento neoliberal que totaliza y cosifica tanto la vida humana como la naturaleza y denuncia al capital como sistema geocida y a la narración de izquierda sobre la transición ecológica que salvará al sistema y al planeta. Finalmente, intentando esbo-

Abstract

In this article we have tried to read the pandemic contingency and the crisis it entails from a critical and internationalist point of view. The text criticizes the false consciousness red set that aims to generate a green capitalism as well as the position of the institutional left and a part of the academy on the pandemic and its consequences, both environmental and economic, which invite us to personal and collective efforts to save the planet. The article analyses the effects of the spread of so-called smart working and the unstoppable invasion of electronic devices in our lives. Moreover, the text criticizes the neoliberal thinking that totalizes and objectifies both human life and nature, denounces capital as a geocidal system and the left-wing narrative about the ecological transition that will save the system and the planet. Finally, the article summarizes a historical trace of internationalist thought and investigates the possibility of rethinking the forms of local organizations, through the proposal of an internationalist praxis that is rooted

zar un rastreo histórico del pensamiento internacionalista, el artículo investiga la posibilidad de repensar las formas de organizaciones locales, a través de la propuesta de un hacer internacionalista que se enraíza en la autocrítica crítica y en las praxis inspiradoras llevadas a cabo por el EZLN y el PKK. El texto apunta a promover reflexiones situadas hacia una crítica radical tanto del sistema hegemónico, como de las luchas sociales contemporáneas que apuntan a experimentar formas anticapitalistas de organizarse y de sentipensar.

Palabras clave: internacionalismo, autocrítica crítica, organización, smart working, red set.

in critical self-criticism and in the inspiring practices carried out by the EZLN and the PKK. The text tries to promote reflections aimed at a radical critique of both the hegemonic system and the contemporary social struggles.

Key words: internationalism, critical self-criticism, organization, smart-working, red set.

Tranquilos, no todos nos habíamos ilusionado

El cuento sobre “la naturaleza que resurge” y el crecimiento de una nueva conciencia global ejecutada en el ámbito local –de hecho, nacida mucho antes de la contingencia–, nunca nos pareció algo más que un torpe disfraz, un filtro borroso que nos impide comprender algunas de las revelaciones ofrecidas por la actual pandemia Covid-19, tanto sobre el estado del capital como de la crisis que viene.

El legado de la pandemia, más allá de las innumerables y lamentables muertes, no se reduce al mejoramiento de la calidad del aire o al cambio en los hábitos alimenticios. Su herencia más bien se encuentra en la revelación de la fragilidad de la dominación: la debilidad del capital es explícita no porque la crisis que vivimos sea *especial*, sino porque sus fragilidades quedaron expuestas como pocas veces se ha visto.

Lo que debilita al capital es mostrarse transparente ante los vínculos de poder jerárquicos y sexistas, y ante las relaciones de producción que impone. Es evidente su dependencia hacia el *trabajo asalariado* y hacia la imagen que tenemos sobre nosotros mismos y el mundo, pues sabemos que en cualquier crisis lo que se muestra verdaderamente en crisis son las raíces de las instituciones sociales. De tal forma que hoy en día es clara la fractura de una sociedad fundada en la propiedad privada, el trabajo asalariado, la pareja conyugal y la individualización de la sociedad bajo la ley de la competencia. El reto es pensar de forma auto-crítica y a escala internacionalista los elementos y los principios básicos de la organización social y de las luchas. En palabras de Jérôme Baschet:

El Covid-19 es una enfermedad grave, y sería peligroso minimizar su carácter mortífero. Pero, al mismo tiempo, es legítimo considerar que esta mortalidad no es más que un aspecto de un fenómeno destructivo aún más amplio: el capitalismo patógeno, a la vez ecocida y humanicida. Hasta ahora, ninguna civilización había producido tantos factores de multiplicación y generalización

de enfermedades graves y también de destrucción del medioambiente. Con base en estas precisiones, se puede afirmar que el SARS-CoV-2 es, junto con muchas otras causas de muerte y destrucción, una enfermedad del Capitaloceno (Baschet, 2020).

El Covid-19 es entonces una manifestación más de la vulnerabilidad humana; incluso en el Norte global, ofrece una experiencia olvidada de la muerte que, sin embargo, aún refleja el privilegio de unos sobre las y los demás: la gran mayoría de los fallecidos pertenecen a la clase trabajadora y a los grupos marginados por el capital.

Además, la crisis sanitaria agrieta la certeza absoluta en la ciencia médica, que ha sido un eje relevante de la legitimación tanto del capitalismo como del patriarcado moderno. La fe en la medicina de Estado se desmorona porque, por un lado, sus tiempos de reacción son los de la investigación real y no los del ritmo que quisiera el capital; y por el otro, porque la mercantilización de la ciencia médica y del circuito de la salud evidencia cómo la medicina se ha convertido en una ciencia del privilegio, que apunta al descubrimiento de curas sólo cuando éstas pueden generar ganancias, pasando por alto enfermedades comunes que sin embargo han sido responsables de mucho más muertos que el coronavirus.

Hemos leído apresuradas conclusiones –tanto alimentadas por las izquierdas institucionales cuanto animadas por la academia– sobre el nacimiento de una nueva conciencia global, impregnada de ambientalismo *red set* y enfocada en el renovado e inesperado conocimiento de las contradicciones y de los cortocircuitos del capital. Slavoj Žižek (2020) compara la *coronacrisis* con la técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos, “el golpe más mortal en todas las artes marciales” del universo de *Kill Bill*. No coincidimos con él. Más bien nos parece que, a través de la indignante expropiación de algunas de las reivindicaciones históricas de las luchas sociales –ambientalismo, desindustrialización de la

vida y del trabajo—, el capital se está aprovechando de la crisis actual para garantizar que seamos nosotros, *los de abajo*, quienes paguemos su necesaria *transición ecológica*.

El supuesto cambio de paradigma, el *Green New Deal* o la nueva normalidad anunciada por el gobierno mexicano, son sólo trucos que intentan convencernos de que para salvar el planeta y enfrentar la parálisis productiva impuesta por la pandemia, es suficiente cambiar nuestros hábitos, poniendo en práctica un esfuerzo productivo individual y colectivo análogo a una época de post-guerra; un esfuerzo excepcional en un presente caracterizado por la proliferación de megaproyectos, el extractivismo y la guerra permanente.

En la fase más aguda de la contingencia hemos visto a algunos animales retomando espacios ocupados por el capital; así como canales, ríos, mares y lagos que de repente volvieron a respirar. Nos hemos emocionado, sí, pero los sentimientos que nos siguen impulsando a experimentar y encontrar nuevas formas anticapitalistas de hacer y pensar, son los de siempre: rabia y desesperación. No nos engañemos: tenemos que deshacernos del capitalismo, de la visión del mundo y de la forma de hacer y de ser que se nos impone. No queremos defender un sistema inherentemente *geocida*. La naturaleza necrótica del capital, en ese sentido, es innegable. La totalización de cada forma de vida bajo la lógica de la ganancia desorienta y provoca náuseas.

Históricamente, la sociedad industrial considera a la naturaleza como mero entorno productivo, subordina las mujeres a los hombres, y apunta a mercantilizar la individualidad de cada ser, excluyendo a los *no productivos* e imponiendo la competencia como forma de entrada al trabajo que, una vez conseguido, conlleva al auto-encarcelamiento en el ciclo de producción; un ciclo que les garantiza el acceso a los recursos económicos y sociales que los hacen supuestamente autónomos y libres.

La amplitud de la degradación capitalista, sin embargo, no se agota con las relaciones salariales. El movimiento totalizante del capital mercantiliza hasta la forma en la que concebimos y

vivimos nuestras relaciones y nuestras carnalidades. Los análisis económicos de la crisis se enfocan sólo en la punta del iceberg, un iceberg que se derrite rápidamente. A pesar de todo, nosotros creemos que es posible convertir esta desesperación en esperanza y transformar la rabia en un sentimiento activo, uno que no se exprese a través de formas autodestructivas.

Para ello resulta indispensable escapar del análisis de clase tradicional, insuficiente para enfrentar *el contemporáneo*. Esto por dos razones: en primer lugar, porque pasa por alto el debate sobre la estrategia posfordista de extracción del capital –de hecho, sigue tomando como referencia la idea de un sujeto puro, miembro del proletariado o el precariado–; y en segundo lugar, porque no da cuenta de lo que Ernest Bloch (2009) llama la *non synchronicity*, es decir, de la convivencia en el planeta de contradicciones y formas de explotación que –según una mirada eurocéntrica– no corresponden a la fase actual del desarrollo capitalista. Como escribía Octavio Paz: “Varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entredevoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Las épocas viejas nunca desaparecen completamente, y todas las heridas, aún las más antiguas, manan sangre todavía” (Paz, 2019).

El *smart working* o la nueva faceta laboral y formativa de los trabajadores –sobre todo del Norte global–, proporciona mientras tanto una enésima vuelta de tuerca: la clase trabajadora ya no sólo sufre la doble *guetización* del trabajo asalariado y del trabajo fantasma o reproductivo, sino que ahora está obligada a proporcionar los medios de producción que utiliza: entre otros, una conexión de calidad, un entorno que permita trabajar en condiciones dignas, la posibilidad de convertir un espacio de la casa en un lugar de trabajo, y de encomendar a niños, adultos mayores y personas enfermas a alguien más.

En el fantasmagórico mundo *smart*, las trabajadoras y los trabajadores son libres de escoger sus propios medios de producción, sus tiempos y sus ritmos de trabajo; una mera apariencia de libertad, ya que el objetivo del trabajo *smart* es extender el mo-

mento de extracción del plusvalor. Si en el viejo sistema fordista la jornada se dividía en tres tercios de ocho horas: un tercio para el trabajo, otro para la reproducción de la fuerza laboral a través del sueño y del sexo, y el último para otras actividades necesarias para la vida, hoy en día las modalidades *smart* difuminan completamente esos espacios, hasta que la actividad laboral ocupe totalmente la jornada. No sólo como fetiche, sino como actividad concreta, pues extiende a través de la disponibilidad perpetua el proceso de invasión de la vida por parte del trabajo, algo que ya sucedía desde la época de la producción inmaterial.

La transformación *smart* de las relaciones salariales radica en la atomización del individuo: como sostiene Miguel Benasayag (1998), individuo “es el nombre de una organización política y social, la del capitalismo”. Las relaciones laborales jerárquicas y funcionales al sistema económico financiero, nombran *capital humano* a complejas biografías, cosifican el mundo y lo convierten en mercancía, en un mero sistema productivo.

De hecho, el capital humano está constituido *omnia et singulatim* por cada cosa y cada persona: ven nuestros cuerpos y sus pulsiones vitales –desde el sexo hasta la necesidad de calorías– como momentos de flujo de capital y cada cosa queda atrapada en el *domopac* de la forma mercancía; el valor de lo existente es su productividad, de acuerdo con los códigos del capital. La transición ecológica, entonces, no es la elección de un soberano de repente sabio, sino la valorización mercantil de la misma posibilidad de sobrevivencia del género humano. Así, la coronacrisis sólo agudiza las contradicciones originales del capitalismo, como la dependencia del ser humano hacia el Estado y el mercado, y la inevitable polarización de una sociedad desigual: mientras *los de arriba* tienen garantizado el acceso privilegiado a los recursos, *los de abajo* ven cada vez más limitada la posibilidad misma de reproducir la vida.

La naturaleza y el ser humano, en ese sentido, existen únicamente en términos de mercancía. Es lo que es y somos lo que somos, personas atrapadas en un remolino inagotable de

auto-inversiones que nos convierten en seres más *brandeables*: clases de Yoga, drogas recreativas, talleres de autocontrol emocional, *soft skills* e interminables formaciones profesionales. Austeridad, desempleo, trabajo informal, precariedad contractual, *start ups*, becas y convocatorias estatales. *Uber* en nuestros celulares y en el bolsillo, si se tiene suerte, las llaves de una casa pagada gracias a una deuda que engorda el capital ficticio. El capitalismo es una forma de vida que se vende, se impone y se reproduce en cada aliento.

No obstante la evidencia de su naturaleza perversa y contraria a la vida, el capital no pierde su fascinación: la dominación como siempre se fundamenta en la seducción y el engaño, y el capital es un maestro en estas artes. El actual sistema industrial está organizado en función de un desarrollo indefinido y de la creación inagotable de nuevas necesidades que, en el contemporáneo, aparecen como deseos. Tal modelo de desarrollo exige lo absurdo del ser humano: que encuentre su propia satisfacción suscribiendo la lógica de las instituciones industriales, así como lo denunció con claridad Iván Illich.

Como una pastilla que nos aleja de la depresión con tal de seguir trabajando, el consumo tecnológico excesivo nos hace sentir *vivos* mientras ignoramos la precariedad, el *aislamiento voluntario* y el control que se cierne sobre nosotros; la tecnología como forma de acceso a las relaciones sociales y al sentido de la vida: el trabajo. Esta asfixiante realidad sigue reproduciendo, sin embargo, las desigualdades, el privilegio que se funda en la explotación de quienes ni siquiera tienen acceso al aislamiento privilegiado como medida preventiva. No nos referimos sólo a las periferias del capital, también a los trabajadores de las grandes empresas de logística, a los repartidores de aplicación móviles, y a las esclavas y los esclavos estacionales que riegan los campos en el Norte global.

Y aunque estamos conscientes de todo esto, las tecnologías del capital nos ofrecen siempre nuevos escapes; de los que se apodera incluso la supuesta izquierda, que busca esconder en

todo momento las huellas del privilegio. La pantalla negra nos hace cómplices, víctimas y promotores del abismo; huimos hacia dentro del mismo sistema que lo genera y el negro aparece como la tonalidad emotiva de la nueva *sociedad del control*. Ya Illich anunciaba que “verdugos y víctimas comparten la dualidad operador/cliente de herramientas inevitablemente destructivas y, a pesar de que algunos comienzan como favoritos, al final todos quedan derrotados” (Illich, 1973).

El estilo de vida capitalista nos seduce. Con sus rasgos de consumo, bienestar y enriquecimiento ilimitados, nos ofrece oportunidades concretas para responder a las exigencias más banales, como la de beber, comer y dormir, pero va más lejos. Nos proporciona un sueño barato y aparentemente posible: la consecución de la felicidad por medio de la propiedad privada, el desarrollo y la competencia. Tomar consciencia de esto, es entonces parte de un proceso autocrítico: significa admitir la mistificación que sustenta nuestro ser, nuestra manera de relacionarnos y la imagen que tenemos del mundo.

El capital en sus formas contemporáneas –empresas privadas, organizaciones sin fin de lucro y narcoestados–, sí que nos propone respuestas seductoras. Cuando no nos excluye de primera, por condiciones de nacimiento, se encarga de nuestra vida desde la concepción hasta la muerte: nos propone apuntar a un bienestar que corresponde a las necesidades productivas industriales; y nos empuja a *cocrear* y reproducir el sistema. Nuestras curiosidades más íntimas hasta nuestro afán por reaccionar a la intolerancia del sistema, quedan subsumidos por las lógicas mercantiles; nuestra libre intención para compartir valores de uso, siempre está a punto de ser transformado en valor de cambio: “firma ese contrato, entrega tu vida a la empresa, y serás libre y autosuficiente; adquirirás *status* y poder”.

La precariedad y la austeridad industrial impuestas, sin embargo, abarcan cada momento de nuestra existencia. Percibimos un peligro latente, no necesariamente real: el terror de no tener éxito. Vendemos el tiempo de nuestra vida para adquirir el dinero

que me permitirá vivir en una sociedad donde lo único que garantiza el acceso a los bienes de consumo, es el dinero. El secuestro del tiempo de vida en favor de la productividad capitalista marca nuestra existencia, la que vivimos bajo el régimen del capital. En ese sentido, ¿podemos afirmar que por lo menos con respecto a la constante del miedo, toda la humanidad está atravesada por la dinámica del capital? Como en *The Masque of the Red Death* de Edgar Allan Poe, el terror está presente, pero es intangible; sabemos que existe, pero nos ilusionamos con evitarlo. Y es que como dijera Victor Serge (1978), con especial lucidez, no existe ningún *afuera* de la dominación porque ésta no reconoce confines.

El retrato del terror está esbozado, el trazo es evidente. Ahí está la destrucción de la solidaridad en el nombre de la competencia, el geocidio, la cosificación de la existencia humana, la precarización de las relaciones personales, y la valorización de posturas narcisistas depresivas, *especistas*, sexistas, racistas, dependientes y consumistas. Las armas apuntan directamente a nosotros, sumergidos en el miedo que incluso nos genera *pensar* un mundo diferente.

En este paisaje desesperante, sin embargo, se vislumbra un umbral de esperanza. El terror que los de arriba advierten surge del vacío, de la infamia de sus propias raíces y no de una legitimidad revelada. Eso mismo los empuja a imponernos, a las y los de abajo, un miedo constante, a su vez revelador del hecho que el terror esconde en su interior nuestra esperanza. ¿Cómo reaccionar? ¿Qué otra forma de vida no capitalista podemos imaginar, más allá y más acá de la pandemia? ¿A qué horizonte apuntamos concretamente?

Organizaciones como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) ofrecen cambios posibles, apuestas críticas frente al patriarcado, el capital y el Estado. Son organizaciones que se encargan de sí mismas y de sus integrantes, viven de la acción colectiva y apuntan concretamente a la creación de formas de vida en complicidad. Como dijeron las compañeras zapatistas al cierre del Primer

Encuentro Mundial de las Mujeres, desde las tierras liberadas del Caracol III de Morelia:

Encendimos una pequeña luz cada una de nosotras. La encendimos con una vela para que tardara, porque con cerillo rápido se acaba y con encendedor pues qué tal que se descompone. Esa pequeña luz es para ti. Llévala, hermana y compañera. Cuando te sientas sola. Cuando tengas miedo. Cuando sientas que es muy dura la lucha, o sea la vida. Préndela de nuevo en tu corazón, en tu pensamiento, en tus tripas. Y no [te] la quedes, compañera y hermana. Llévala a las desaparecidas. Llévala a las asesinadas. Llévala a las presas. Llévala a las violadas. Llévala a las golpeadas. Llévala a las acosadas. Llévala a las violentadas de todas las formas. Llévala a las migrantes. Llévala a las explotadas. Llévala a las muertas [...] Que vas a luchar por la verdad y la justicia que merece su dolor. Que vas a luchar porque el dolor que cargas no se vuelve a repetir en otra mujer en cualquier mundo. Llévala y conviértela en rabia, en coraje, en decisión. Llévala y júntala con otras luces. Llévala y, tal vez, luego llegue en tu pensamiento que no habrá ni verdad, ni justicia, ni libertad en el sistema capitalista patriarcal (2018).

Tenemos que organizarnos, desafiar el miedo al ridículo y pensar en una crítica que nos permita rescatar biografías, historias concretas de vida, carnalidades que hacen y se relacionan; formas y principios organizativos que abran paso a una visión y *praxis* de lucha.

Delineadas algunas astillas del terror

La necesaria transición ecológica, dicen los de arriba, es responsabilidad de todas las personas, aun si no poseen más que su cuerpo y sus relaciones afectivas. Incluso las izquierdas liberales

y estatales han hecho suya esta narrativa sobre la crisis y la resurrección ambiental, que no logra distanciarse del infame “there is no alternative” thatcheriano.

La única salida a la crisis es entonces el terror organizado, el Estado paternalista. La lucha de clases y su horizonte de sentido desaparecen del campo de la catástrofe, en favor de un enésimo violento ajuste del capital ¿Cómo es posible? La respuesta se encuentra en los últimos 70 años de camino político de la izquierda institucional. La derrota comunista, simbólicamente asestada tras la caída del muro de Berlín, propagó el odio al comunismo y subrayó la mezquina traición de la izquierda estatal, obligada y orgullosa de convertirse en vector del capital. Paradójicamente, desde hace cincuenta años, todas las vueltas de tuerca que ha empujado el Estado y el capital hacia la derecha, han sido ejecutadas con la complicidad de la izquierda disfrazada de reformismo o desarrollo.

Frente al apocalipsis sistémico impuesto al mundo como presencia estable y cotidiana, frente a la necesidad de recurrir al control biomédico y político voluntario por parte del Estado y de las corporaciones internacionales, las izquierdas partidistas fomentan el progreso tecnológico, la utilidad de las políticas de control masivo y la unidad nacional. La pandemia de Covid-19, en tanto, ofrece a la gobernanza neoliberal no sólo la posibilidad de legitimar sus acciones, sino la oportunidad de imponer, con silenciosa aceptación y temerosa complicidad de la ciudadanía, el dominio y la necesidad de una nueva fase capitalista, enfocada en una nueva y falsa conciencia: “Ce la faremo! ¡Hoy en día contra el virus, como contra el terrorismo organizado! ¡Todos juntos!”.

Es ésa una lente para leer la contingencia política. La transición ecológica es una necesidad y una urgencia que el capital, a través del Estado, necesita imponer a empresas y multinacionales y, sobre todo, es una nueva conciencia que cada ser humano tiene que reproducir, bajo la amenaza del derrumbe del modelo de producción. La pandemia de Covid-19 es la ocasión perfecta para acelerar este proceso: “el Estado nos cuida y nos ama”, “las

empresas y el mercado se harán cargo de nuestras necesidades”, “el trabajo será *smart* y todos juntos salvaremos el planeta”, “gracias a la ciencia seremos hombres y mujeres mejores”, “gracias al derecho estaremos seguras”.

Sin embargo, existen movimientos antiglobalistas, constelaciones y galaxias de colectivos y organizaciones antagonistas, personas comunes y organizadas, que siguen luchando en diferentes rincones del mundo, tejiendo relaciones y experimentando prácticas que indican aquel más allá tan urgente. Las diversas formas del humano, su instinto de supervivencia y su deseo de generar belleza y rebeldía, no pueden arrodillarse frente a un sistema social que impone sobre el 99% de la humanidad la voluntad del 1%. Las organizaciones de base y las diarias luchas sociales que se despegan en los territorios de todo el mundo exprimen una digna rabia y un verdadero antagonismo, ¿pero hacia cuál horizonte? ¿partiendo de qué raíces? En la bendita ausencia de una totalidad referente, las respuestas aparecen contradictorias: a la hora de pensar en términos globales, las motivaciones y las formas de las luchas territoriales hacen cortocircuito, se muestran ineficaces ante la totalización capitalista.

No soñamos con nuevas totalidades hegemónicas y organizaciones vanguardistas que iluminen el porvenir, pero tampoco pasamos por alto la necesidad de organizarnos. Organizarnos para contrarrestar el proceso de atomización individual empujado por el capital, organizarnos en contra de una cierta idea de institucionalización de izquierda, organizarse de acuerdo con y fortaleciendo los enlaces blandos y aparentemente invisibles que existen entre las grietas abiertas por nuestras luchas personales, y aquellas que son colectivas. En fin, queremos hacer hincapié en la importancia de organizarse desde una perspectiva internacionalista, una que sea capaz de observar los límites y la potencialidad de las luchas, mirando al capital desde su crisis. Soñamos con la urgencia de hacer teoría transformadora, que no se deslinde de la praxis, y abrazamos la idea de Horkheimer según la cual “la teoría es teoría en sentido propiamente dicho sólo allí donde

sirve a la praxis” (Horkheimer, 1956). Soñamos con hacer teoría para contrarrestar la narración capitalista y abrirnos a nuevos y antiguos horizontes de sentido.

¿Desde dónde empezar?

¿Cómo reaccionar a este presente de encierro, control tecnológico y segregación social? De acuerdo con el planteamiento esbozado anteriormente, apostamos por un *internacionalismo crítico* que nos ayude a leer el contemporáneo. Como puede suponerse, no tenemos una propuesta universalmente válida, ni aspiramos a encontrarla. Sin embargo, creemos que respuestas contundentes sólo se pueden encontrar en el quehacer diario de las luchas y de las organizaciones sociales.

¿Por qué proponer el internacionalismo crítico como parte de la respuesta? Porque la crítica internacionalista desgarró el hechizo de la mentira capitalista, mostrando que el reto de cada resistencia es crear un mundo nuevo, y no apuntar a sustituir la totalidad de la dominación con otras totalidades; y porque el internacionalismo crítico cree en un *mundo en donde quepan muchos mundos*. Se alimenta de una multiplicidad de miradas y prácticas que relativizan la totalización y el monopolio radical de producción capitalista y de soberanía del Estado.

El internacionalismo crítico, por otro lado, comienza desde la *autocrítica*. De esta manera se evita el fetichismo de las luchas particulares y permite el conocimiento recíproco de otras luchas; lo que, de acuerdo con nosotros, se hace sin promover caminos hegemónicos.

¿Qué tienen en común las luchas populares por una vivienda digna en Roma con las luchas en contra del desalojo en el barrio *Indepe* de Monterrey? ¿Qué resonancias existen entre las luchas del pueblo Munduruku en la Amazonia y la de las organizaciones sociales en Guerrero? ¿Entre Oaxaca y Atenas? ¿Qué relación existe entre los miles de mujeres anticapitalistas, dignas y or-

ganizadas de Latinoamérica y las de Burkina Faso? ¿Qué conexiones hay entre las formas de organización de las comunidades del EZLN y el PKK? Nuestro *sentipensar internacionalista* cruza el charco, nos hace cómplices, desde Chiapas hacia Hong Kong, atrapada en la trágica alternativa entre colonización e independencia. No pasa por alto la digna Cuba, abarca las resistencias árticas en contra de las minas, y se refleja y se nutre de las multiplicidades de luchas que sacuden el Mediterráneo. La crítica internacionalista apunta a responder teórica y prácticamente al llamado a autoorganizarse lanzado desde los Altos de Chiapas hace más 26 años, en respuesta al fracaso de la izquierda tradicional. En este momento de pandemia la crítica internacionalista se convierte en una forma de autodefensa: resguarda el horizonte de sentido de la lucha y permite ver la galaxia anticapitalista que cruza calendarios y geografías, abriendo el contemporáneo.

Asimismo, la *praxis* internacionalista nos enseña la urgencia y la necesidad de generar formas de organización encarnadas en el actuar cotidiano, en las formas de vida que rompan el hechizo abriendo el presente a las posibilidades, en la proporcionalidad y proximidad cómplice de las carnalidades en resistencia y rebeldía. Nos ofrece la oportunidad de criticarnos y de experimentar praxis concretas de organización social. Tejer un *nosotros* tangible a través de prácticas compartidas bajo principios comunes, en cada rincón del mundo, en cada esquina. La idea que aparece al horizonte, en ese marco, es un conjunto original y antiguo de praxis convivenciales que rompen con el patriarcado y el capital.

Frente a la aparente desaparición de la lucha de clases, la *crítica internacionalista* apunta a ver y tejer complicidades y puede generar nuevas formas de conciencia *de clase*, de *sentipensares*, donde la lucha no radica en la pertinencia de una categoría sociológica pura como la del proletariado, sino en el reconocimiento de la identidad de la dominación y de las diferencias inagotables de las respuestas sociales. Para hacerlo, y para construir e imaginar su propia tradición, el internacionalismo crítico se enfrenta con las herencias y los voceros de la izquierda partidista cómplice y

protagonista del capitalismo global, que ya se encuentra a años luz de los principios que reivindicaba y de la generosidad que millones de militantes ponen aún en sus proyectos.

El internacionalismo crítico se ofrece a la galaxia de la izquierda como una *mirada autocrítica*, ¿pero que es una mirada internacionalista? Consideramos a la mirada internacionalista como una herramienta que nos ayuda a reflexionar y actuar a partir de la crisis y de las debilidades del capital. Sostenemos que reflexionar en términos internacionalistas nos proporciona un lente que permite ver al capital como un enemigo común, que a través de la soberanía del dinero y de la gestión narco estatal y empresarial de los territorios, impone la totalización del quehacer social bajo el mandato de las lógicas sistémicas mercantiles, independientemente de las coordenadas geográficas. Una mirada autocrítica crítica internacionalista, en ese sentido, apunta a escuchar y experimentar formas, posturas y principios de organizaciones sociales a lo largo de las historias críticas que se puedan explorar, rastrear e imaginar. Esta mirada es una práctica de conversión radical y anticapitalista del actuar diario y colectivo, misma que requiere fortalecerse a partir de las reflexiones y experiencias que ejecuta.

El internacionalismo crítico se propone como una teoría no dogmática para vivirse a escala planetaria: cada uno, desde su propio rincón y de acuerdo con principios antisexistas, antifascistas, antiespecistas y anticapitalistas; según principios negativos y proporcionales porque en *un mundo donde quepan muchos mundos*, sólo las personas concretas, las redes y las comunidades pueden expresarse sobre sí mismas. La crítica internacionalista es un intento por renovar el debate sobre las formas contemporáneas de organizaciones sociales y populares, tanto frente a la neoliberalización de los partidos, sindicatos y organizaciones religiosas y espirituales, como frente a los límites de los movimientos y organizaciones sociales a la hora de desarrollar prácticas destotalizantes, pero que trasciendan la dimensión local.

Miles de personas han tejido un tapiz diferente de los que nos imponen como hegemónico, como única verdad. El que domina

oculta el mundo de lo posible bajo su manto, pero los sueños y las acciones de las mujeres dignas y rebeldes, de los hombres, las infancias y las personas adultas mayores que han caminado la tierra que hoy habitamos, siguen dejando huellas de alteridad. La mirada internacionalista propone al pensamiento crítico asumir una postura autocrítica e indagar el campo abierto de las posibles luchas contemporáneas, a través de una imaginación experimental y un pensamiento exploratorio y complejo que pueda llevar la teoría afuera de los muros de las academias.

Inspirados por el 150 aniversario de la Comuna de París y en términos teóricos por el trabajo de Kristin Ross, tratamos de localizar una tradición internacionalista que se ponga en posición antagónica respecto al supuesto internacionalismo soviético, centrado en la estructura de un partido patriarcal, estatal y vertical, capaz de ahogar cualquier lamento libertario. De acuerdo con J. Dean:

Lo que debemos sostener es el hecho de que siempre hubo una multiplicidad de experiencias comunistas [...] Y creo que una vez comencemos a reconocer la gran diversidad de comunismos, dejaremos de pensar en el comunismo como un acercamiento a la política muy estrecho y limitado, y pasaremos a reconocer que el comunismo siempre fue un acercamiento a la política que le habló a multitudes de personas oprimidas en todo el mundo que pudieron reivindicarlo y hacerlo propio (Carvajal, 2017).

El internacionalismo que intentamos esbozar en estas líneas tiene sus madres y padres nobles en organizaciones socialistas, comunistas y en una multiplicidad de prácticas y miradas anarco-libertarias y autónomas; desde Mazzini, Marx, Engels y Bakunin, hasta la Primera Internacional de Londres y 1864, pasando por las múltiples organizaciones internacionalistas contemporáneas que se pueden encontrar rastreando crítica e históricamente los antagonismos de diferentes calendarios y geografías. El internacionalismo crítico, como hemos dicho antes, ofrece una

autocrítica hacia sí mismo, pero no se limita a eso: permite e invita a deshacernos de la herencia de la izquierda tradicional.

Creemos que ese proceso de liberación teórica y moral es indispensable para volver a pensar el cambio revolucionario. La izquierda no es más que la expresión de las oligarquías estatales y neoliberales, la *praxis* de sus partidos y de sus sindicatos; desde la década de los 80, asumió la realidad capitalista como el único horizonte posible. El pensamiento de los partidos de izquierda, no revolucionarios, integraron a su programa el giro neoliberal como nueva realidad del mundo, imaginándose, cuando no neoliberales *tout court*, herederos legítimos del liberalismo del *Welfare State* europeo.

Consecuentemente, el desafío de la mirada internacionalista no es imaginar totalidades sino conectar luchas de manera fluida y permanente, más allá de las contradicciones para crear instancias de contrapoder en la inmediatez de las luchas. Pensar en cómo impulsar y promover las luchas por el común, en contra del patriarcado y del cambio climático, sin por eso caer otra vez en la trampa *red set*. Pensar en el reto, por ejemplo, que nos plantean los y las compañeras de la *Sexta*, coordinando esfuerzos sin que ninguno se vuelva hegemónico.

La hazaña es abrirse y experimentar un pensamiento internacionalista que pueda ser asumido y desarrollado en la diferencia, con autonomía y proporcionalidad cómplice. En este marco, consideramos que las transformaciones que han estado sacudiendo a la izquierda partidista de movimiento o radical, en los últimos 30 años, han marcado también un nuevo cambio en el canon internacionalista, útil a la hora de repensar formas de hacer y de pensar. De hecho, ejemplos contemporáneos como los del PKK y el EZLN, subrayan un concepto nuevo de la *praxis* internacionalista. Estos movimientos no conciben el internacionalismo como otra dimensión para ejecutar su propia hegemonía, sino que construyen sus propias formas de vida y nos ofrecen miradas, principios organizativos y prácticas concretas de intercambio y de fortalecimiento recíproco.

¿Qué nos dice el internacionalismo crítico sobre la dominación tecnológico-sanitaria?

En primer lugar, nos ofrece una perspectiva desde dónde observar el régimen dominante: no desde arriba sino desde abajo. No escuchando y mirando sólo desde nuestros temores, sino desde nuestros sentimientos. Actuar en lo concreto, entendiendo que el terror que nos mantiene atrapados es el terror del enemigo, el terror de los de arriba; a ellos les aterra depender de los de abajo para seguir ampliando sus privilegios.

El internacionalismo, en ese sentido, echa luz sobre el régimen dominante y como derrocarlo porque hace hincapié sobre la potencia y la eficacia de la autoorganización social y popular. Hoy como ayer los de arriba se sienten amenazados por poseer algo que piensan deseable por los demás. Escuchando a la compañera Selena, del EZLN, se nos clarificó el dilema: si soñamos el sueño capitalista, somos pobres *pobres*, pero *pobres* por soñar un sueño que nos hará todavía más pobres independientemente del resultado de nuestra apuesta, porque el sueño capitalista conduce a la derrota tanto los de arriba como los de abajo. Es cierto que hay miles de luchas en el mundo, ¿pero a qué apuntan? ¿a gestionar el Estado y el capital para salvar el mundo? También es cierto que hay miles de anticapitalistas y antifascistas en el mundo y de personas que diariamente resisten y se rebelan al sistema. La crítica internacionalista desgarró el hechizo de la mentira capitalista, mostrando que el reto de cada resistencia no es la toma del poder capitalista sino crear *un mundo otro*.

Desconocemos la identificación estatal e industrial, pero reivindicamos las herencias y la generosidad de las compañeras y los compañeros de las izquierdas organizadas que con estos se identifican, apuntando a conversar y a elaborar conjuntamente las formas de lucha contra el sistema capitalista.

El internacionalismo nos enseña pues la fragilidad de los regímenes hegemónicos frente al digno disgusto organizado, a la potencia de lo posible. Nos permite ver la *potencia de los pobres*, de

las luchas y de sus límites, permite liberarnos de la melancolía y del sentido del ridículo de la izquierda. Abre un horizonte global a las luchas locales, por lo tanto, éstas ya no aparecen como acontecimientos independientes generados de forma esquizofrénica y no conectadas: las resistencias territoriales se configuran como astillas *todavía no* conectadas y organizadas, pero *sinfónicas en potencia*. La crítica internacionalista permite colocar resistencias geográficas e históricamente lejanas dentro de las mismas constelaciones. Más importante aún, permite, a través del concreto compartir de experiencia, que cada lucha se transforme en un *lumen* de resistencia, que siga alumbrando a los demás y que considere su propia lucha y crítica como no dependiente de un espacio o identidad fija, sino como un *sentipensarse* que forma parte de una galaxia viva de prácticas de resistencia y rebeldía.

Referencias

Adorno T. y Horkheimer M. (1956). *Hacia un nuevo manifiesto*. Eterna Cadencia Editora.

Alianza PIRATA (27 de septiembre de 2017). *Palabras de la Plataforma Internacionalista por la Resistencia y la Autogestión Tejiendo Autonomías* [Intervención]. Encuentro por la Resistencia Global Autónoma en el CIDECI-Unitierra Chiapas. <https://resistenciaglobalautonoma.wordpress.com/2017/09/29/palabras-delapirata/>

Baschet, J. (12 de abril de 2020). ¿Qué es lo que estamos enfrentando? *Comunizar*. <http://comunizar.com.ar/jerome-baschet-lo-estamos-enfrentando/>

Bensayag, M. (1998). *Il mito dell'individuo*.

Bloch, E. (2009). *Heritage of our time*. Polity editions.

Carvajal, S. (17 de octubre de 2017). Entrevista a Jodie Jean. *La Siniestra*.

<https://lasiniestra.com/entrevista-a-jodi-dean/>

Colectivo Nodo Solidale (27 de septiembre de 2017). *Palabras del colectivo Nodo Solidale* [Intervención]. Encuentro por la Resistencia Global Autónoma en el CIDECI-Unitierra Chiapas. <https://resistenciaglobalautonoma.wordpress.com/2017/09/29/palabras-del-colectivo-nodo-solidale/>

Illich, I. (1973). *La convivialité*.

Mujeres zapatistas (10 de marzo de 2018). Palabras de las mujeres zapatistas [Intervención de clausura]. Primer Encuentro Internacional, Político, Artístico, Deportivo y Cultural de Mujeres que Luchan en el Caracol Zapatista de la Zona Tzotz Choj. <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/10/palabras-de-las-mu->

jeros-zapatistas-en-la-clausura-del-primer-encuentro-internacional/

Paz, O. (2019). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica.

Ross, K. (2015). *Lujo comunal. El imaginario político de la comuna de Paris*.

Serge, V. (1978). *Memorie di un rivoluzionario*.

Žižek, S. (2020). El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill. En *Sopa de Wuhan*. Editorial ASPO. <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>